

José Luis ILLANES, *Existencia cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Pamplona, Eunsa, 2003, 335 pp.

Con motivo del centenario del nacimiento de san Josemaría Escrivá de Balaguer (9-I-2002) y de su posterior canonización (6-X-2002), el profesor Illanes escribió varios artículos teológicos sobre la persona y el pensamiento del fundador del Opus Dei. Ese material, unido a otros estudios anteriores, constituye el presente volumen, cuyo subtítulo manifiesta la intención del autor de abrir camino en la necesaria profundización teológica del carisma fundacional que recibió san Josemaría. Illanes aborda esa tarea con el bagaje de la experiencia adquirida en muchos años de estudio y docencia en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, que en el mes de mayo del 2004 rindió cordial homenaje al autor, expresándole su gratitud con la publicación de un extenso volumen de colaboraciones de amigos, discípulos y colegas (Tomás Trigo [ed.], *Dar razón de la esperanza. Homenaje al Profesor Dr. José Luis Illanes*, Pamplona, 2004, 1399 pp.). Las numerosas publicaciones de Illanes abarcan un campo de intereses que van desde la teología fundamental a la espiritual, pasando por la moral y la eclesiología. Este amplio *background* teológico coloca al autor en una posición de privilegio para afrontar el estudio de cuestiones relativas a la teología del trabajo, del mundo y de la historia, del laicado y de la llamada universal a la santidad, que, a su vez, se encuentran en los fundamentos doctrinales del carisma fundacional de san Josemaría.

En la Presentación del libro, el autor ofrece dos coordenadas útiles para introducir al lector en los diversos escritos: por un lado, el fuerte influjo que tuvo en la formación de sus ideas el encuentro con la persona de san Josemaría, con su mensaje y con su espíritu, junto al estudio de pensadores y teólogos; y por otro, su preferencia por la profundización teológica de las relaciones existentes entre cristianismo y mundo, entre fe cristiana y experiencia humana. Con este volumen Illanes quiere contribuir a “aquello a lo que el propio san Josemaría dedicó toda su existencia: la difusión del mensaje cristiano sobre el destino divino del hombre, y, por tanto, sobre la llamada universal a la comunión con Dios en todo momento y lugar, también, por tanto, en medio del mundo” (p. 10).

El libro consta de trece capítulos, estructurados en cinco partes: “perspectiva general”; “valor y sentido del existir en el mundo”; “el trabajo, realidad humana y cristiana”; “responsabilidad social, justicia, caridad”, y “radicación en Cristo”. El autor advierte que la quinta y última parte hubiera podido colocarse como introducción, ya que sostiene todo el resto, constituyendo su clave de lectura y el horizonte al que tiende todo lo que se afirma en los capítulos anteriores.

La primera parte –“Perspectiva general”– incluye tres artículos que introducen la figura de san Josemaría y el significado del acontecimiento fundacional que marcó toda su vida: “Figuras de la santidad en el discurrir de la historia”; “Proyección eclesial de un acontecimiento y de un mensaje”; y “Dos de octubre de 1928: alcance y significado de una fecha”. El concepto clave de esta introducción es el de santidad, que no es simple aspiración sino realidad vivida y razón de ser de la Iglesia: “La historia de la Iglesia no es otra cosa, en su substancia última, que la historia de la santidad realizándose en el tiempo” (p. 22). En este sentido, “los santos son dones de Dios a su Iglesia; dones mediante los que Dios impulsa el caminar de la Iglesia, recordando, a través de ellos, unos u otros aspectos del Evangelio” (p. 26). La aportación de san Josemaría al vivir de la Iglesia consiste en el desarrollo del carisma fundacional recibido, que Illanes sintetiza con estas palabras: “Las ocupaciones temporales, y específicamente el trabajo profesional, la tarea a través de la que hombres y mujeres se cualifican ante la sociedad y contribuyen a su desarrollo, se presentaban ante sus ojos [de san Josemaría] [...] como un elemento constitutivo del camino que [...] el cristiano llamado a santificarse en medio del mundo, está invitado a recorrer. Y, por tanto, como algo no ajeno, meramente ambiental o yuxtapuesto a la condición cristiana, sino como realidad que contribuye a configurar esa vocación y, por ende, a vertebrarla” (p. 29).

Santificación del trabajo y unidad de vida del cristiano conocedor de su destino eterno, constituyen, por tanto, elementos fundamentales de un mensaje que –como afirma el Decreto sobre las virtudes heroicas del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, de la Congregación para las Causas de los Santos, del 9 de abril de 1990– está “destinado a perdurar «por encima de las vicisitudes históricas», pero se muestra al mismo tiempo «providencialmente actual para la situación espiritual de nuestra época»” (p. 33). Es evidente que este mensaje “está en sintonía con las declaraciones del Concilio Vaticano II sobre la llamada universal a la santidad” y más ampliamente “con la intención de fondo del Concilio [...] de promover una renovación en profundidad de la vida cristiana” (p. 36). El autor, en la exposición del núcleo doctrinal del carisma fundacional, incluye una importante advertencia: “A lo que [san Josemaría] se supo destinado el 2 de octubre de 1928 no fue a proclamar en abstracto la doctrina sobre la santificación en medio del mundo, sino a promover en personas concretas la búsqueda de la santidad y el ejercicio del apostolado en y a través de las tareas seculares: lo que estaba llamado a iniciar no era sólo un movimiento de ideas o un renacer teológico, sino también y ante todo, un fenómeno pastoral” (p. 83).

El segundo grupo de artículos –“Valor y sentido del existir en el mundo”– afronta cuestiones fundamentales para la correcta comprensión de las relaciones entre vida cristiana y mundo: la posición del cristiano en el mundo y en la historia, el valor y significado de las vivencias cotidianas, y la secularidad como actitud existencial. El Verbo Encarnado –señala la Constitución *Gaudium et spes* n. 38– “habitando en la tierra, entró como hombre perfecto en la historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola en Sí”, y tal afirmación –escribe Illanes– expresa “una de las convicciones fundamentales del cristiano: la verdad y la vida de Cristo no se sitúan en los márgenes de la historia sino en su centro” (p. 101). En conformidad con esa comprensión teológica de la historia, el autor considera que el pensamiento de san Josemaría al respecto se mueve en torno a tres ejes: “una aguda conciencia del dinamismo que caracteriza los procesos históricos”, “una valoración de la libertad como factor decisivo tanto del desarrollo individual como del configurarse de las sociedad y de los fenómenos colectivos”, y “una profunda fe en Dios, de la que derivan el reconocimiento de la bondad original del mundo, dañada, pero no destruida por el pecado, y la confianza en el poder de la gracia” (p. 106). Cristianismo y mundo se reclaman mutuamente: la fe cristiana penetra en el mundo en que vivimos desvelando su razón de ser. Y la inserción de la fe y de la gracia en la historia se realiza a través de la libertad humana: con “espíritu contemplativo, superación del egoísmo, entrega a los demás, amor manifestado en obras” (p. 109).

Estas premisas conducen a concluir que la revelación cristiana realiza una valoración positiva de la cotidianidad, aunque “es necesario reconocer a la vez que la atención prestada por la teología, también por la teología espiritual, a la vida cotidiana, y más concretamente a la vida cotidiana secular –es decir, la vida propia del cristiano corriente, cuya existencia transcurre entre las realidades seculares: familia, trabajo, relaciones sociales, convivencia cívica...– ha sido escasa” (p. 116). Con la Encarnación del Verbo y sus treinta años transcurridos en Nazaret, Dios ha hecho propia la vida ordinaria del hombre –familiar, laboral y social–, iluminándola y colmándola de sentido y significado: “La fe cristiana no incita a cercenar los ideales ni impulsa a contentarse con lo poco, a refugiarse en la rutina o soportar resignadamente los problemas y avatares que pueda traer consigo la existencia. Al contrario, invita a asumir en plenitud, con la luz de la fe y la fuerza del amor, la totalidad de los afanes y valores que implica la existencia” (p. 131). Bajo esta perspectiva el concepto de secularidad juega un papel importante, ya que expresa “la actitud propia de quien no sólo *vive en el propio tiempo*, sino que *vive ese tiempo*, reconociéndolo como propio, participando sentida y personalmente con cuanto en ese tiempo acontece y se despliega” (p. 135). Se entiende, de este modo, que “el devenir histórico, el desarrollarse de los pueblos y el sucederse de las culturas, no constituyen, en consecuencia, un mero ámbito en el que acontecería una salvación ajena al contexto en el que se produce, sino realidades en las que la salvación repercute; mejor dicho, realidades que se integran en ese proceso. Dios, que sale al encuentro del hombre en el tiempo y en la historia, invita a

asumir ese tiempo y esa historia en el interior de la respuesta al llamamiento divino” (p. 141).

Con el título “El trabajo, realidad humana y cristiana” se recogen tres estudios sobre la santificación del trabajo, tema que nuestro autor ya ha tratado con extensión (José Luis Illanes, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, Madrid, Palabra, 2001<sup>10</sup>). Santificar el trabajo significa colocar el trabajo en el interior de la relación entre el hombre y Dios. Importa precisar que el trabajo “no es en sí mismo santo, sino que es hecho santo, es santificado, por el sujeto cuando lo asume y realiza como dimensión constitutiva de su respuesta a la vocación divina...” (p. 176). Para santificar el trabajo se requieren, según Illanes, cuatro condiciones: perfección humana y competencia profesional, espíritu de servicio, formación de la conciencia, y sentido de la cercanía de Dios y actitud contemplativa (cfr. pp. 178-183). Santificar la vida ordinaria y santificar el trabajo son realidades implicadas entre sí: “una vida teologal que no alcance a influir en el desempeño de la profesión será, inevitablemente, una vida teologal confinada en el ámbito de lo privado y de lo intimista; [...] al margen del vivir concreto y, en consecuencia, en la periferia de la propia personalidad [...]. En cambio, una vida teologal que se despliegue hasta informar la profesión [...] habrá informado, o estará en vías de informar, el conjunto de la existencia, y de redundar, desde esa existencia singular, en el entramado de la sociedad” (pp. 192-193).

En la cuarta parte –“Responsabilidad social, justicia, caridad”– se tratan dos cuestiones que san Josemaría consideraba de gran importancia para incidir cristianamente en la sociedad: el valor teologal de la virtud de la justicia, y el respeto a la libertad personal en la acción social y política. El autor incluye en las páginas 254-255 un texto del santo fundador, que refleja con nitidez su pensamiento al respecto: “Un hombre o una sociedad que no reaccione ante las tribulaciones o las injusticias, y que no se esfuerce por aliviarlas, no son un hombre o una sociedad a la medida del amor del Corazón de Cristo. Los cristianos –conservando siempre la más amplia libertad a la hora de estudiar y de llevar a la práctica las diversas soluciones y, por tanto, con un lógico pluralismo–, han de coincidir en el idéntico afán de servir a la humanidad. De otro modo, su cristianismo no será la Palabra y la Vida de Jesús: será un disfraz, un engaño de cara a Dios y de cara a los hombres” (*Es Cristo que pasa*, n. 167). En este cuadro, el concepto de “mentalidad laical” juega un papel de primer plano, significando “la mentalidad propia de laicos, que aman al mundo, porque saben que ése es el lugar de su encuentro con Dios, que reconocen y respetan el valor y la substancia de las cosas creadas, que son conscientes de su libertad y asumen, por tanto, sin medias tintas, su responsabilidad” (p. 273). Esta “mentalidad laical” implica el reconocimiento de la legítima autonomía de las realidades temporales, y la actuación libre y responsable de los cristianos en nombre propio y “en coherencia con los ideales evangélicos, pero sin pretender amparar su actuación bajo el patrocinio de la Iglesia y, menos aún, servirse de ella” (p. 273). La aspiración de san Josemaría en relación con la construcción de la ciudad terrena es interpretada por Illanes en los

siguientes términos: “la perspectiva de un convivir en libertad de hombres que, conscientes de su dignidad nativa y de su destino eterno, saben respetarse y amarse, y, en consecuencia, compartir, por encima de diversidades y diferencias, la gran aventura de la historia” (p. 274).

Los dos últimos escritos, que constituyen la última parte –“Radicación en Cristo”–, sitúan al lector ante las dimensiones cristológicas y teologales del mensaje de san Josemaría: la participación del cristiano en el sacerdocio y en la misión de Cristo –*El cristiano “alter Christus-ipse Christus”*–, y la comunión con Dios a través de la contemplación en medio del mundo –*Contemplación y acción cristiana en el mundo*–. “El cristiano es, debe ser, Cristo presente entre los hombres, pero con una condición: que Cristo esté presente en él. [...] El sentido redentor y sacerdotal de la existencia cristiana, presupone [...] la incorporación a Cristo, más aún, la identificación vital y existencia con Él. [...] Es la santidad personal del cristiano, la real y auténtica incorporación del cristiano a Cristo, lo que hace a Cristo presente entre los hombres” (p. 287). Así, el alma sacerdotal del bautizado se manifiesta en la conciencia de participar de modo vivo y eficaz en el sacerdocio de Cristo, llegando a ser como el alma y principio inspirador de todas sus acciones. En cuanto a la contemplación –que no se opone a la acción, sino que mueve espontánea y necesariamente a ella–, Illanes subraya su condición de dimensión connatural a toda existencia cristiana. En los escritos de san Josemaría la expresión “vida contemplativa” designa “no una vida determinada o específica, diversa respecto a otros modos cristianos de vivir, sino más bien la vida concreta que a cada uno le corresponde afrontar, en la medida que va siendo informada, cada vez más profundamente, por las virtudes teologales, hasta hacer de ella una continua oración” (p. 317). La contemplación en medio del mundo es posible cuando se vive teologalmente la propia existencia, cuando el cristiano contempla a Dios detrás de cada acontecimiento, y trata de corresponder siempre al amor divino que recibe.

En definitiva, el libro constituye una introducción a la reflexión teológica sobre algunos aspectos esenciales del espíritu del Opus Dei. El autor realiza una lectura atenta de los textos de san Josemaría para hacer emerger su denso contenido teológico y su relación con el dato revelado. Tratándose de una experiencia pionera, la obra es de lectura necesaria para cuantos intenten estudiar teológicamente los escritos y el carisma del santo fundador; y, también, muy aconsejable para todos aquellos que procuran vivir el espíritu transmitido por san Josemaría.

Vicente Bosch